

11) Aquello que necesitamos de verdad

Hemos visto que, a la luz de la revelación hebreo-cristiana, la necesidad no es una especie de condena, como en la religión pagana, sino el espacio en el que nuestra libertad está llamada a afirmarse; hemos visto que una de las principales afirmaciones de la libertad del hombre ante la necesidad es el trabajo. Trabajando, el hombre “domestica” la necesidad y se convierte en el sujeto de la misma, o hasta el dueño.

Un ejemplo: si la necesidad del lugar nos obliga a llevar a cabo la recogida de las mieses, obviamente ante este trabajo no somos verdaderamente libres. Es una necesidad que se impone, que nos obliga, que no nos deja otra elección.

Pero, a través de la dedicación al trabajo, la necesidad es, por decirlo de alguna manera, domesticada, y el hombre vuelve a encontrar su posición de sujeto y dueño ante la realidad.

En el capítulo 7 sobre la humildad, san Benito cita una expresión sacada de las actas del martirio de santa Anastasia (y no de la Escritura, como él dice): “El placer conlleva su castigo y la necesidad engendra la corona” (7,33).

Esto nos hace entender que si la necesidad es asumida, si se acepta que nos trabaje, esta nos procura la corona, que es como decir la victoria, la autoridad, el dominio real sobre lo que sufrimos.

Pero en este segundo grado de humildad, esta libertad es el fruto de la renuncia al cumplimiento de la propia voluntad y de los propios deseos, imitando al Señor que dice: “No he venido a hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me ha enviado” (Jn 6,38; RB 7,31-32).

Las necesidades reales son la voluntad de Dios, y siendo ocasión de obediencia, también con respecto a nuestros deseos y placeres, se convierten en ocasión de libertad y de verdadera autoridad. Una libertad que es filial, porque la realidad necesaria es reconocida, acogida y asumida como don del Padre y ocasión para expresarle nuestra fe, nuestro abandono.

En este sentido, todo aquello de lo que tenemos verdaderamente necesidad, lo que nos es verdaderamente necesario, san Benito nos invita a pedirlo y acogerlo con un espíritu filial. En el capítulo 33, dedicado a la pobreza monástica como renuncia a la propiedad, nos dice que los monjaes deben “esperar todo lo necesario del padre del monasterio” y que ninguno “puede tener cosa alguna que el abad no haya dado o permitido” (33,5).

En el espíritu del Evangelio que la Regla quiere comunicarnos, cada necesidad relativa a nuestra naturaleza humana, cuando se vive en la confianza, se convierte en espacio en el que tenemos una experiencia concreta de la solicitud del Padre hacia nosotros.

Esto pasa a través del abad, como acabamos de ver, pero se realiza también entre los hermanos que a la mesa, por ejemplo, se deben servir “mutuamente lo necesario para comer y beber” (38,6).

Lo que es necesario para cada uno se convierte en el espacio de nuestra atención recíproca. En todos los ámbitos es importante que cada hermano no tenga que pensar en lo necesario para sí mismo, sino en lo que es necesario para

los demás, de modo que a ninguno le falte lo necesario, incluso si cada uno debe recibir lo necesario según su propia necesidad, según la medida de sus fuerzas, y no según una medida convencional que eliminaría las diferencias personales. (cfr. RB 34).

Así pues, lo necesario para cada uno es la medida justa de nuestra realidad humana, una medida de pobreza, de contentamiento, de satisfacción que cada uno está llamado a aceptar para sí mismo como para cada uno de sus hermanos. Lo necesario para cada uno es la medida en la que cada uno debemos aceptarnos: yo soy así, necesito esto, no necesito aquello. Nuestra tendencia a menudo es la de no saber discernir o aceptar la medida de lo que necesitamos de verdad. Siempre están aquellos que quieren más, y aquellos que quieren menos de lo que es necesario para ellos. Siempre es difícil ser objetivos en el juicio de lo que nos es verdaderamente necesario. Por esto, san Benito nos pide delegar tal juicio en otros: en el abad, en la comunidad, en cada hermano, o, sencillamente, en la Regla que establece o aconseja algunas medidas sobre lo necesario con las que es siempre bueno compararse, aunque no siempre se pueda respetar a la letra.

“Para arrancar de raíz el vicio de la propiedad, el abad distribuirá todo lo necesario”, prescribe san Benito en el capítulo 55, y sigue un elenco de ropa y de objetos personales, no sin dejar de añadir que el abad tendrá en cuenta tanto “las exigencias de los más débiles como la malevolencia de los envidiosos” (RB 55,18-21).

Lo necesario es lo que corresponde de verdad a nuestra necesidad humana y personal. El hecho de limitarse, de contentarse, es para Benito la medida y la verdad de nuestra pobreza monástica. Se trata de una medida que se adapta a cada uno, sobre todo a las debilidades de cada uno, por lo tanto, de una medida misericordiosa, paterna, hasta materna; una medida de pobreza que se cuida de cada uno, que lo reconoce como único, y como digno de una atención personal, especial para él. Para san Benito, conceder lo necesario, no significa primeramente reducir el uso de las cosas en un sentido negativo, sino hacer acto positivo de atención a lo que es más frágil en cada uno.

Es verdad que la Regla sabe decirnos: “¡Basta!”, y el abad o la comunidad tienen que decirlo con frecuencia ante ciertas pretensiones, ante ciertas exigencias, porque muchas son falsas debilidades en nosotros, muchas son falsas necesidades, de las que no solemos darnos cuenta. A veces, solo cuando aceptamos ser privados de algo – que consideramos necesario – es cuando nos damos cuenta que, en efecto, no era indispensable, que podemos muy bien prescindir de ello.

Fijémonos que el límite de la verdadera necesidad no se aplica solo a la necesidad de alimento, de sueño o de vestidos y objetos personales. Se aplica también a la cantidad de trabajo. Hay trabajos necesarios, hay tiempos de trabajo necesario, y, por lo tanto, también trabajos superfluos. En el capítulo sobre el trabajo manual, por ejemplo, Benito dice que los monjes “desde Pascua al 14 de septiembre, después de Prima trabajarán en las labores necesarias hasta alrededor de la hora cuarta” (48,3).

Por lo tanto, el trabajo es una forma de adhesión a la necesidad de la realidad. El trabajo es una forma de contacto con lo real, de estabilidad en la condición de nuestra humanidad. Trabajar en lo que es necesario es por esto un buen medio para no escapar, para no evadirse de la realidad. A condición de que el trabajo no se convierta él mismo en un escape. Se convierte en esto precisamente cuando se trabaja más de lo necesario, descuidando las otras exigencias de nuestra vida y vocación.

Después aparece la necesidad de la acogida, *necessitas hospitum*, que a veces obliga a romper el silencio nocturno (42,10). En este caso, es la necesidad del otro, del prójimo, del peregrino, la que se impone sobre la observancia monástica del silencio. Nada es más necesario que la necesidad del prójimo, del pobre, porque en él está Cristo mismo, que se hace necesitado, Él, que nos es necesario más que cualquier otra cosa.

Aún más, san Benito insiste en el capítulo 66, dedicado a los porteros del monasterio, que dentro del monasterio, “se halle todo lo necesario (...) para cortar a los monjes todo pretexto de necesidad [*ut non sit necessitas monachis*] de andar fuera, lo que no conviene a sus almas” (66,6-7).

Por lo tanto, hay una necesidad buena y una mala. El monasterio debe disponer de todo lo necesario, de modo que no se tenga que salir. Nuestra relación con la realidad es, por lo tanto, definida, y está definida por nuestra vocación, y la fidelidad de nuestra vocación es lo que hace bien a nuestra alma, lo que permite a nuestra alma ser salvada y llegar a la plenitud. Y nuestra alma es, en el fondo, nuestra humanidad en todas sus dimensiones, lo que nos define como persona única, creada por Dios a su imagen y semejanza.

Esto nos hace entender cómo la vida que san Benito nos propone es una vida unificada en la totalidad de la realidad cotidiana. Lo que es necesario es, en último análisis, lo que es real y verdaderamente querido por Dios, incluso si a veces la necesidad tiene un rostro que no nos gusta. Pero si nos dejamos ayudar por nuestra vida monástica, según san Benito, para reconocer la necesidad que Dios nos ofrece y a contentarnos con ella, entonces podemos experimentar que cada necesidad es buena, cada necesidad es una gracia, un don de Dios que convierte y salva nuestras almas, haciéndolas un poco más ellas mismas, por lo tanto, imágenes de Dios.